Las enfermedades de la piel en la pintura

Aurora Guerra-Tapia

Profesora titular
de Dermatología.
Departamento
de Medicina.
Facultad de Medicina.
Universidad Complutense
de Madrid.
Jefa de la Sección
de Dermatología.
Hospital Universitario
12 de Octubre. Madrid.
Profesora de Dermatología.
Universidad Internacional
de La Rioja (UNIR).

Pronto hará 20 años que publiqué un libro con la editorial You&Us titulado: *Las enfermedades de la piel en la pintura* (fig. 1). Este encuentro de la dermatología y el arte no pretendía ser un compendio, ni deseaba ser un catálogo, ni una simple enumeración de pinturas y enfermedades.

Buscaba, eso sí, la fantasía de encontrar bajo los lienzos y sus personajes una historia en la que la enfermedad cutánea hubiese sido protagonista o, al menos, actriz secundaria. De alguna manera, me anticipaba a la influencia del padecimiento en la calidad de vida e, incluso, a ese concepto que incluye la pérdida de oportunidades vitales a causa del mal soportado.

Pudo ser ese el caso de la anciana que adivina el futuro en las manos del joven, esperando unas monedas que lleven sus augurios por un camino placentero, presente en el lienzo de Georges de la Tour titulado *La buena ventura* (fig. 2). La frente abombada, la nariz en silla de montar y las cicatrices de la cara de la vieja permiten presumir un diagnóstico estigmatizante: sífilis congénita precoz, que provoca osteoperiostitis de los huesos frontales y parietales, que dan lugar a la llamada «frente olímpica». La nariz se deforma por la condritis

Figura 1. *Las enfermedades de la piel en la pintura* (1999), de Aurora Guerra-Tapia. Editorial You&Us.

treponémica, tomando aspecto en «silla de montar», y se forman lesiones papulosas —sífilides—, que dejan cicatrices indelebiles. Imposible librarse de ese destino.

No necesitamos imaginar demasiado en lo que respecta a uno de los numerosos autorretratos de Vincent van Gogh (fig. 3) buscando una historia tras sus pinceladas. Solo tenemos que referirnos a sus propias palabras: «Yo quisiera pintar hombres y mujeres con esa chispa de eternidad, que antes simbolizaba el nimbo, y que intentamos atrapar con la vibración del colorido, por su misma reverberación».

Los colores, para Van Gogh, viven, como él mismo dijo, para expresar los sentimientos: el verde y el rojo,

Figura 2. *La buenaventura* (1635-1638). Georges de la Tour (1593-1653). Óleo sobre lienzo. Metropolitan Museum, Nueva York.

Figura 3. *Autorretrato* (1888). Vincent van Gogh (1853-1890). Óleo sobre lienzo. Museo de Arte Antiguo, Bruselas.

«las terribles pasiones humanas»; el amarillo, «el optimismo y el amor». Y su autorretrato tiene todos los colores: los ojos azules, el cabello y cejas rubias, la barba roja. Se representa envuelto por completo en el verde de las terribles pasiones humanas. Su barba intensamente roja anula el escaso amarillo de su cabello y sus cejas. Vincent tiene una peculiaridad cromática del pelo conocida como heterocromía, esto es, el crecimiento del pelo de dos colores diferentes en un mismo individuo. ¿Era su heterocromía real, o solo era el dibujo de sus emociones? ¿O ambas cosas a la vez? Vincent van Gogh nos mira desde la chispa de eternidad que quiso regalarse antes de su suicidio.

No puedo sustraerme a recordar la belleza y maestría de la obra de Diego Rodríguez de Silva y Velázquez titulada *Cristo en casa de Marta y María* (fig. 4).

«Marta tenía una hermana, llamada María, la cual sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra. Pero Marta andaba muy afanada con los muchos quehaceres del hospedaje» (Lucas 11: 39-40).

Figura 4. *Cristo en casa de Marta y María* (hacia 1618). Diego Rodríguez de Silva y Velázquez (1599-1660). Óleo sobre lienzo. National Gallery, Londres.

Marta, protagonista perpetua de los huevos, de los peces y los ajos, señora del aceite y las cucharas, tiene las manos del que nunca está ocioso: rojas, piel seca, descamada, engrosada. En algunos de sus pliegues, puede estar escondida una fisura. Es un eccema irritativo de contacto producido por el contacto continuado con aguas, jabones y alimentos. Pero sigue trabajando, con una adhesión incondicional a la rutina imprescindible.

«Marta, Marta, te apuras y te afanas en muchas cosas; sin embargo, pocas son necesarias. O mejor, una sola. Con razón María ha elegido la parte buena, que no le será quitada» (Lucas 10: 41-42).

La lista de enfermedades de la piel en la pintura es interminable: *La mujer barbuda* de Sánchez Cotán, *La boda* de Goya, *Cabeza de mujer* de Henry Moore, *Retrato de anciano* de Hans Holbein... Pero esas ya son otras historias.